

1.5.2/261

1-221 1

# Los libros de texto.

["Revista Política y Parlamentaria, Madrid, 15 marzo 1900].

## Los libros de texto



Que eso de los libros de texto constituya un infame abuso y sea uno de los más activos fermentos de nuestra incultura, no cabe ponerlo en duda; pero el remedio que el señor Marqués de Villaviciosa propone, es peor que la enfermedad. ¿Que los alumnos libres puedan examinarse por el texto y programas *oficiales* que quieran? ¿Pero cuáles son los programas y textos *oficiales* esos? En rigor no los hay. ¿Llama así acaso á los que los diversos Catedráticos usan? ¿Quiere decir que tenga un alumno libre el derecho de venir á examinarse conmigo, con el texto y programa de otro cualquier profesor de la misma asignatura? Pues en tal caso, no lo dudo, Catedrático habría que tendría que suspender en conciencia al alumno que así se presentase, y al mismo profesor cuyo texto adoptara éste, si se le pusiera por delante.

Eso de imponerle á un Catedrático el criterio de otro, me parece fuerte cosa, máxime aquí en que el profesorado lo componemos un número de funcionarios sin verdaderas relaciones mutuas, ni comunidad de espíritu, ni más lazo de unión que los locales á que vamos á despachar nuestra lección diaria y los tribunales en que nos reunimos á repartir notas como quien reparte bonos de beneficencia.

¿Se tira con la proposición á establecer el programa oficial? ¡Dios nos asista! ¡Programa oficial! Ya estoy viendo preguntas como aquella de «opinión de Adolfo Garnier acerca de las facultades del alma» del programa oficial de psicología que para el grado de bachiller se dió siendo Ministro del ramo D. Alejandro Pidal, con otras cosas tan peregrinas como la opinión esa, tan importante, del Sr. Garnier. Aquí, en España, programa oficial significará siempre *imposición de criterio*, y al fin y al cabo *imposición de texto y de doctrina*. A eso se tira, y á nada más. Y luego vendrá aquello de que cada Ministro daría su programa y su texto; el turno de los partidos en la administración de las asignaturas, porque la ciencia no es administrable.

El programa oficial significaría entre nosotros el remache de la ciencia hecha, de la *asignatura*, que es lo que priva en esta desgraciada tierra de dogmáticos impenitentes, de enervadora ideocracia, de inquisición íntima. La ciencia viva, la que se está haciendo sin cesar, como organismo viviente, esa apenas se comprende aquí, y si se comprende no se siente.

El mal de los libros de texto es grande, sí, pero es efecto antes que causa, y en su causa hay que atacarle. La torpeza de los libros de texto arranca de la de aquellos que los escriben. La cuestión es cuestión de personal, y náda más. Si hay tanto libro plagado de disparates, es porque no pueden parir otra cosa los que los escriben. *Sublata causa, tollitur effectus*, dice el adagio escolástico; *tollantur causae, remuévase á las causas, et sublatus erit effectus*, y quedará el efecto removido. El mal está en que no ha habido aún valor para formar expediente á un catedrático por incapacidad





profesional notoria, por desatinar á todo trapo, y descatedratizarle, á pesar de esa doctrina tácita de que sea la cátedra una perfecta propiedad quirritaria, con su *ius utendi et abutendi*, sobre todo *abutendi*.

Pero... ¡no, no! que no se aplique ese remedio radical, esa *sublatio cause*, esa remoción del catedrático quirrite, porque, sentado el precedente, ¿adónde iríamos á parar? Las mejores instituciones se convierten aquí en herrumbre y carcoma.

Y la cuestión es, sin embargo, de personal, y nada más que de personal. Lo he escrito antes de ahora: cualquier plan es bueno cuando es el profesorado bueno, y todos malos cuando es éste malo. ¡El hombre, aquí el hombre lo es todo, el maestro! El programa y texto oficiales, aunque la misma sabiduría encarnada los redactase, de nada servirían en manos de los autores de esos desdichados disparataderos que sirven de libros de texto.

¡El hombre hace el libro y no el libro al hombre! No, no hace el libro al hombre, aunque otra cosa crean los pobres esclavos de la ideocracia que nos enerva; no son los malos libros los que corrompen la inteligencia de nuestra juventud, son los malos maestros. La acción viva, íntima, espiritual, es la acción personal; el maestro es el hombre. Sólo podéis llamar maestro á aquel cuyo calor sentisteis, de quien recibisteis la palabra viva, caldeada, cuyo acento animador os encendió el ánimo. Y sólo puede llamarse maestro á quien sólo por su libro se nos comunica, en cuanto vertió en éste su alma, algo más que sus conocimientos y su saber. Maestro es el que os comunicó su entusiasmo por el saber, y por el inquirir sobre todo, no el canal por el que se os vertió cachos de libros; maestro es un hombre vivo, no una biblioteca andante.

¡El hombre, todo lo es el hombre! No hay más acción educadora que la acción personal, directa, la única que enciende fe. Pero ¿qué queremos hacer de un pueblo ideocrático, en que fe significa adhesión intelectual á un dogma, adhesión rutinaria, y no abandono de confianza á una persona? Porque aquí, en lo más hondo, en la vida religiosa, fe en Cristo significa creer con la cabeza que tenía dos naturalezas, una divina y otra humana, unidas de éste ó del otro modo, y todo lo demás que no sé, ni me lo preguntéis á mí, que soy ignorante, etc., y no un acto íntimo, entrañable, de la voluntad, una entrega del corazón á la *persona*, á la persona y no á la idea, á la persona histórica, tal como en su evangelio se nos revela. Y no está fuera de lugar la digresión, no; porque se trata del Maestro, del maestro por excelencia, del Supremo Maestro, del que sigue, después de muerto, amaestrándonos, del que *no escribió texto alguno*, porque era maestro y no catedrático. Los catedráticos eran los fariseos, los doctores de la ley.

Lo repito, los libros de texto, por disparatados que sean, no hacen los estragos que se supone. El mayor es, sin duda, el que hacen en el bolsillo de los padres, y á esto sí que podía y debía ponerse coto, aunque fuera restableciendo la tasa, restablecimiento justo tratándose de productos industriales de monopolio privilegiado. Porque el hecho es que los libros de texto son una especie de artículo estancado.







Pero fuera de ese mal, vuelvo á repetirlo, los estragos de los malos textos muertos son más ilusorios que reales; malos y todo, dan alguna noción á los alumnos. Pero no; rectifico: conozco á más de uno que tiene asco á la Psicología, porque no sabe ni de qué trata, merced al libro de texto que estudió. ¿Al libro de texto? No, tampoco; al catedrático que se lo explicó. Es el hombre, el hombre, y nada más que el hombre el que envenena al hombre: las ideas no significan lo que se cree. Las ideas no son más que un vehículo, vehículo de espíritu; las que parecen más verdaderas pueden ir cargadas de muerte, las que por más falsas se tienen rebosantes de vida. Es y será mi predicación constante contra la tiranía de las ideas. Vida más que lógica, fe más que dogma, espíritu más que idea. ¡Maestros, y no textos! El buen maestro hace todos los textos buenos; el que no es maestro, el que no es más que doctor, adormece la inteligencia con el libro mismo de la Sabiduría.

Un pobre diablo que nació para excelente tendero, ó para charlatán de plaza pública, se encuentra de catedrático por arte de birlibirloque, dueño quirritario de la *cathedra utendi et abutendi*, y es claro, para redondear su sueldo tiene que hacer su correspondiente texto, tomándolo de aquí y de allí. Y lo hace, y tiene padriños, y va al Consejo tal ó cual, ó á esta ó á la otra Academia, y, sin leerlo, lo declaran de mérito, porque ¿qué más queda? ¡pobrecillo! ¡Hay que favorecerle... tiene que vivir... es un buen amigo!

Y así andan por ahí tantos libretos *de reconocido mérito*; y el que no supo ó no quiso oponerse á tiempo á esos reconocimientos, alza

combatiente, hará maravillas con la espada empuñada, usándola de guerra. Tengo cuenta con quien ponéis de maestro y no hagáis caso de los textos.

—Y los disparatados que corren por ahí— me dirán— ¿A lo que con textos? ¿Y los autores de esos disparatados? ¿Los conserváis en su derecho quirritario, con su *ius utendi et abutendi*? Pues prescribid el texto y el programa único ó la libertad de texto, y obligadles á servirse del libro de la sabiduría, y os envenenarán á la juventud, amodorrándola con el narcótico de su filisteísmo, de su abismática ramponería, de su ideocracia rutinaria. Es el hombre al que hay que remover. Denunciad á todos los autores de desatinos y guerra con ellos! Todo lo demás es andarse por las ramas.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Profesor de la Universidad de Salamanca.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

1.5.2/261



luego la voz contra el escándalo de los libros de texto. Y entre tanto sigue el escándalo de los charlatanes, que nada tienen de maestros, erigidos en las cátedras de los dispensadores de la ciencia oficial, hechos doctores de la ley.

Pero menos mal; empieza á hablarse de ello, cuaja un nucleolo de opinión; hemos oído por ahí que los pueblos se asientan, como en inmovible base, en su educación é instrucción públicas; y como buenos muchachos, que deseamos regenerarnos y entrar por nuevas vías y europeizarnos, lo repetimos, aunque no nos llegue al corazón la doctrina; *creemos* con la cabeza, si es caso, que de la instrucción pública depende nuestro porvenir, aunque no *confiemos* el corazón á tal creencia y sigamos en nuestro interior menospreciando al maestro que quita los mocós á los chicuelos; algo es algo. Por lo menos, no nos atrevemos á dejar asomar ese menosprecio, porque ¿qué dirían las naciones extranjeras? Algo es algo, repito. Empieza á hablarse de ello; los primeros tiros han partido; se nos ha perdido el respeto á los catedráticos... Es lo que hacia falta. Ya sólo queda que los *chicos de la prensa*, esos chicos de la prensa á los que tanto afectan desdeñar los más de mis compañeros, se nos cuelen en las cátedras y saquen á relucir lo que digamos y nos rasguen el velo del santuario y salga á luz de la calle nuestra labor. Hace falta que entre luz callejera en las oscuras madrigueras de nuestros Centros de enseñanza; que acaben los doctores y empiecen los maestros.

Hay que dejar á un lado los disparataderos de texto y emprenderla con los que los escriben.

Una vez más antes de concluir: los libros son una espada, que puede tener filo perfecto y excelente temple, ó estar toda mellada; todo consiste en quien la maneje y cómo la maneje. Si es un buen combatiente, hará maravillas con la espada mellada, usándola de sierra. Tened cuenta con quien ponéis de maestro y no hagáis caso de los textos.

—¿Y los disparataderos que corren ya?—me dirán.—A lo que contesto: ¿Y los autores de esos disparataderos? ¿Les conserváis en su derecho quirritario, con su *ius utendi et abutendi*? Pues prescribid el texto y el programa único ó la libertad de texto, y obligadles á servirse del libro de la sabiduría, y os envenenarán á la juventud, amodorrándola con el narcótico de su filisteísmo, de su abismática ramplonería, de su ideocracia rutinaria. Es al hombre al que hay que remover. Denúnciese á todos los autores de desatinos y ¡fuera con ellos! Todo lo demás es andarse por las ramas.

MIGUEL DE UNAMUNO,

Profesor de la Universidad de Salamanca.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

1.5.2/264